

RESÚMEN
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SEXAGÉSIMO-NONO.

Sisto
N.º 1. Eleccion de ~~XXX~~ V. 2. Carácter de este Pontífice. 3. Regreso de los embajadores del Japon. 4. Latrocinios reprimidos en los estados de la Iglesia. 5. Castigo del conde de Pépoli. 6. Bula espedida contra el Rey de Navarra y el Príncipe de Condé. 7. Enrique III exhorta al Rey de Navarra á que vuelva á entrar en el gremio de la Iglesia. 8. Protesta del Rey de Navarra contra la bula de Sisto V. 9. La muerte del duque de Alençon constituye al Rey de Navarra heredero presuntivo de la corona de Francia. 10. Se declaran los comuneros á favor del cardenal de Borbon. 11. Tratado de Nemours. 12. Guerra de los tres Enriques. 13. Concilio de Aix. 14. Concilio de Mégico. 15. Obeliscos restablecidos en Roma. 16. Edificios y fundaciones de Sisto V. 17. Gran número de bulas publicadas por este Papa. 18. Da el capelo á Guillermo Alano. 19. Muerte trágica de la Reina Maria de Escocia. 20. Escuadra de Felipe II, llamada la invencible. 21. San Felix de Cantalicio. 22. Maquinaciones de Bayo contra Lesio. 23. Termina el Papa esta disputa. 24. Muerte de Bayo. 25. Establecimiento de varias congregaciones de cardenales. 26. San Buena-ventura colocado como Santo Tomás en el número de

los doctores de la Iglesia. 27. Fundacion de los clérigos reglares menores. 28. Aientado de la liga. 29. Llegada del duque de Guisa á Paris. 30. Realistas vencidos en Paris. 31. Fuga de Enrique III. 32. Diputacion procesional para persuadir al Rey que volviese á Paris. 33. Otras diputaciones. 34. Últimas córtes de Blois. 35. Muerte violenta del duque de Guisa y de su hermano el cardenal. 36. Furor de los comuneros. 37. Se une Enrique III con el Rey de Navarra. 38. Parricidio de Jacobo Clemente. 39. Enrique IV reconocido por Rey de Francia. 40. Los comuneros reconocen por Rey al cardenal de Borbon. 41. Triunfos de las armas de Enrique IV. 42. Sitio de Paris. 43. El cardenal Cayetano, legado de Francia. 44. Procesion de la liga. 45. Muerte de Sisto V. 46. Eleccion y muerte de Urbano VII. 47. Gregorio XIV, Papa. 48. Reclamacion del parlamento de Paris y del clero de Francia contra la bula de Gregorio XIV. 49. San Luis Gonzaga. 50. Muerte de San Juan de la Cruz. 51. Sublevacion de los católicos de Cracovia contra los sectarios. 52. El Rey Segismundo de Polonia coronado Rey de Suecia. 53. Division entre los luteranos y calvinistas de Alemania. 54. Sucesion de Papas. 55. Eleccion de Clemente VIII. 56. El duque de Parma entra en Normandia con un egército para socorrer á los comuneros. 57. San Pascual Bailon. 58. César de Bus, fundador de la congregacion de la Doctrina cristiana. 59. Negociaciones en Roma para la absolucion de Enrique IV. 60. Córtes convocadas en Paris. 61. Conferencia de Surrenna. 62. Abjuracion de Enrique IV. 63. Envia el

del primer desman. Solo el acto de desembainar la espada ó de hacer la menor resistencia á los ministros de la justicia era un delito capital é irremisible, sin que en esto hubiese distincion de personas.

5. El conde de Pépoli, uno de los principales señores del país de Bolonia, donde habia refugiado y protegido á los salteadores, fue degollado en la plaza pública de aquella capital, á pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para libertarle.

6. En el primer año de su Pontificado espidió Sisto V una bula fulminante contra el Rey de Navarra y el Príncipe de Condé, gefes del calvinismo en Francia. Se habian empeñado fuertementé los comuneros con Gregorio XIII para que aprobase su union sediciosa; pero nada pudieron conseguir de aquel Pontífice sábio y moderado; y estando ya para dar el último estallido, repitieron sus instancias con su sucesor, prometiéndose de ellas un éxito mas feliz. Ya habia dado á entender el virey de Sicilia, al recibir su homenaje, que no consentiria, como sus predecesores demasiado indulgentes, en cambiar el tributo de un reino por un caballo. Sin embargo, queriendo este Pontífice dar á entender que no cedia á ningun género de sugestiones, respondió á los franceses sediciosos en unos términos que no les dejó ninguna esperanza; y les manifestó que penetraba sus designios tortuosos; mas por eso no perdió una ocasion tan oportuna para elevar el poder del Pontificado al punto que se habia propuesto. Luego que dejaron de instarle, hizo por sí mismo lo que no habia querido

conceder por ruegos de otros, y publicó la bula contra los dos Príncipes (1).

Despues de ensalzar en ella la potestad pontificia sobre todas las del universo, á las cuales (dice) puede derribar de sus tronos y echarlas por tierra como á ministros de Satanás cuando faltan á su obligacion, prorumpe en las mayores injurias contra los primeros Príncipes de la sangre de Francia, los declara escomulgados, privados de todas sus posesiones, incapaces, así ellos como sus sucesores perpétuamente, de heredar ningun estado ni soberanía, y en especial la corona de Francia; absuelve del juramento de fidelidad á todos sus súbditos y vasallos, y prohíbe á éstos que les presten obediencia.

7. Este golpe tan terrible contra la independencía siempre intacta del imperio francés, escitó en él, á pesar del lastimoso estado á que se hallaba reducido, las reclamaciones de todas las clases del estado y de todos los ciudadanos que no se habian prostituido á la liga. El mas cobarde de todos fue el Monarca agraviado, pues á pesar de quanto se le hizo presente, no se atrevió jamás á permitir que se procediese contra aquella bula peligrosa, ni aun á pedir al Papa que la revocase. Lo mas que se pudo conseguir del Príncipe, en medio del terror de que estaba poseido, fue que no se publicase en forma legal. Pero se valieron de ella los comuneros para obligarle á quebrantar la paz con el Rey de Navarra, como con un escomulgado y un enemigo declarado de la Iglesia. Buscando

(1) *Diar. de Enriq. III. t. 2. p. 78. — Mem. de la liga, t. 1. p. 343.*



el Monarca cuantos medios eran imaginables para diferir por lo menos el llegar á este extremo, con un Príncipe que poco antes le habia ofrecido sus tropas y su brazo contra la liga, le envió mediadores y teólogos para persuadirle que volviese á entrar en la comunión católica, ó que en caso de no determinarse á esto, suspendiese por algun tiempo el ejercicio del calvinismo. Mal recurso era, tratando con un héroe, valerse del terror para su conversion. No respondió otra cosa sino que estaba dispuesto, como lo habia estado siempre, á permitir que se le instruyese, con tal que en esto se procediese de un modo conveniente, y no poniéndole un puñal al pecho, como se hizo en tiempos pasados.

8. Mas terrible contra la corte de Roma, donde queria dar á entender que á él no se le dominaba como al apocado Enrique III, publicó en su nombre y en el del Príncipe de Condé una protesta vehementísima contra el decreto del Papa, y dispuso que se fijase hasta en las puertas del Vaticano (1). En ella apelaba de la sentencia pontificia al tribunal de los pares de Francia, únicos jueces competentes con respecto á las leyes temporales y fundamentales del reino; y acerca de este abuso ó usurpacion de autoridad, citaba al Pontífice á un concilio general legitimamente congregado, añadiendo que si no se sujetaba á él, le miraria no solo como herege, sino tambien como un opresor de la Iglesia cristiana, y como un verdadero Anticristo. Considerándole ya bajo este concepto, le

(1) *Ibid.* p. 388.—*Thou*, l. 82.

declara una guerra irreconciliable, y promete vengar la injuria hecha á su persona y á toda la casa de Francia, reclamando á este efecto el auxilio de todos los Reyes, Príncipes, repúblicas y comunidades verdaderamente cristianas, no menos interesadas que él mismo en castigar un atentado que turbaba el sosiego de toda la cristiandad. Aunque no era de esperar que Sisto V revocase la bula, atendido el teson y firmeza de su carácter, no dejó de aplaudir un rasgo de valor tan análogo á su propio genio, ni de decir al embajador de Francia, que seria de desear que el Rey, su amo, tuviese tanto valor contra sus verdaderos enemigos, como el que mostraba el Rey de Navarra contra el enemigo, no de su persona, sino únicamente de sus errores.

9. Nunca habia necesitado el Rey de Navarra de mas vigor y actividad que en la situacion en que se hallaba la casa real, desde que la muerte reciente del hermano de Enrique III constituía al gefe de la casa de Borbon heredero presuntivo de la corona. Esta última rama de los Valois, duque de Alenzon, luego de Anjou, y siempre hombre frívolo y despreciable, habia pasado á la soberanía ilusoria de los Pais-Bajos, donde muy en breve esperimentó que se hacia de él mucho menos caso que en Francia. Se le hicieron allí tantos desaires, y le causaron estos una pesadumbre tan grande, que vino á morir en la flor de su edad: lo que abrió un campo libre á los que alborotaban el reino con pretesto de religion. En diez años de matrimonio no habia tenido el Rey ningun

hijo: y aunque estaba todavía en la flor de su edad, del mismo modo que la Reina su esposa, ningún miramiento se guardaba con un Principe de quien se temían todos impunemente. Se dió por cierto que nunca tendría posteridad, se publicaron escritos en que se le atribuía una impotencia absoluta, y se puso al arma á toda la nacion sobre la sucesion á la corona, como si fuese ésta á quedar vacante.

10. No se dudaba que pertenecía al Rey de Navarra, como heredero en línea recta; pero le excluyeron de ella los comuneros, como que era un herege, y propusieron á su tío, el viejo cardenal de Borbon. Para conciliarse al mismo tiempo la benevolencia de la Reina madre, la persuadió el duque de Guisa, que si se alejaba del trono al gefe de los Borbones, era solo con el objeto de colocar en él á sus nietos, hijos del duque de Lorena y de Claudia de Francia, su hija. Sabia Guisa acomodarse á todas las inclinaciones y á todos los estados. Lisongeaba á la nobleza con la esperanza de hacerla participante de las gracias que prodigaba el Rey á sus favoritos, y prometia al clero la estirpacion de todos los errores, y al órden popular la supresion de los impuestos. Con estos artificios habia adquirido una infinidad de partidarios, bien que todavía no queria tomar las armas contra su Soberano. Al paso que se iba acercando al momento de consumar su atentado, se llenaba de horror y confiaba su suerte al favor popular con un presentimiento que le estremecía.

Luego que llegó el tiempo de declararse, se trasladó

á Picardia al cardenal de Borbon, como al asilo mas seguro de la maquinacion proyectada. Guisa y sus hermanos reunieron al rededor de sí la nobleza de Champaña y Borgoña: al mismo tiempo se acercaban á las fronteras las tropas alemanas y suizas: Leon abria las puertas á los refuerzos que enviaba Saboya á los comuneros: Toul y Verdun á los de Lorena: muchas ciudades, unas con engaños, y otras por fuerza, se sublevaban á favor de la union: en lo interior del reino se apoderaron los comuneros de Orleans, Bourges y Angers; y en fin, se hizo la liga tan fuerte en París, que fue esta ciudad su principal centro hasta que llegó á ser su sepulcro. Las asambleas clandestinas en que se censuraba la conducta del Rey y de sus ministros, habian degenerado en aquella faccion atrevida, á que se dió despues el nombre de *los diez y seis*. Desde entonces empezó á acopiar dinero y armas, y envió emisarios á las ciudades mas considerables para formar en ellas asociaciones igualmente sediciosas, con las cuales estableció una correspondencia seguida. Por último, se publicó en nombre del cardenal de Borbon el manifiesto de la rebeldía, en el que se exageraba particularmente el peligro á que se esponia la fe, si llegaba á subir al trono la rama herética de los Borbones.

11. No necesitaba tanto Enrique III para abandonarse á sus incertidumbres é inconsecuencias acostumbradas. Despues de muchas protestas, apologías, quejas y todos los testimonios posibles de flaqueza y de irresolucion, tomó por último el peor partido,

Rey al duque de Nevers á Romà en calidad de embajador. 64. Entrega de Paris, 65. Atentado de Juan Châtel. 66. Espulsion de los jesuitas. 64. Carta de la Reina Isabel á Enrique IV convertido. 68. Muerte del cardenal Alano. 69. Muerte de San Felipe Neri. 70. Constituciones de la congregacion del oratorio. 71. Continúan las negociaciones para la absolucion de Enrique IV. 72. Condiciones y ceremonia de esta absolucion. 73. Decadencia de la liga.

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

LIBRO SEXAGÉSIMO-NONO.

Desde el principio del Pontificado de Sisto V en el año 1585, hasta la reconciliacion del Rey Enrique IV con la iglesia romana en el de 1595.

1. **S**isto V, antes cardenal de Montalto, obispo de la diócesi de Santa Águeda, en el reino de Nápoles, general de la religion de San Francisco, donde fue para él una gran fortuna tomar el hábito; y hablando de mas lejos, Felix Peretti, pastorcillo en la aldea de Montalto, situada en la Marca de Ancona, saltó el enorme intervalo y los varios escalones que habia entre la cabaña de su padre y el Vaticano, no tanto por su gran talento, como por una elevacion y firmeza de alma, que pocas veces se halla aun en la mas alta gerarquía (1). Consideraron muchos observadores al pastor de Montalto como el Soberano mas

(1) *Chac. ad ann. 1585. = Thou, l. 42. = Greg. Let. l. 5.*

digno de reinar que hubo en su tiempo. Pero rara vez ocurre que, en unas fortunas tan extraordinarias, deje de haber alguna pequeñez que las desluzca en cierto modo. Habia mucho tiempo que, afectando Sisto ó Felix un aire de decrepitud, andaba siempre apoyado en un baston, cual si no pudiera dar un paso sin este auxilio, y aun así iba en extremo agoviado. Cuando tuvo por cierta su eleccion, arrojó el báculo sin esperar á que se acabase el escrutinio, se levantó de su asiento, y se presentó en medio del cónclave tan derecho y firme á los sesenta y cuatro años de edad, como pudiera un hombre de veinticinco. Los cardenales, mirándose unos á otros con admiracion, y aun con algun arrepentimiento, „poco á poco (dijo el decano), no hay que precipitarse, que todavía no está todo concluido. No (replicó Montalto con firmeza): la cosa está ya hecha y no falta ningun requisito.” Desde entonces, tomando el ascendiente que no perdió nunca aun con respecto á los mas graves prelados, dispó con una mirada la incertidumbre en que estaban, y despues entonó el *Te Deum* con una voz tan fuerte, que acabó de asombrarlos. Tomó el nombre de Sisto, en memoria del cuarto Papa llamado del mismo modo, quien habia sido tambien franciscano, y un hombre extraordinario, sacado, como él, del polvo de la tierra.

2. Nunca se avergonzó Sisto V de la humildad de su origen, antes bien hablaba de ella con mucha frecuencia, complaciéndose en considerar y dar á entender á los demás los caprichos de la fortuna, ó por

mejor decir, los designios y la conducta de la Providencia en orden á su persona. Colocado Sisto en la Silla pontificia, manifestó siempre una gravedad, una fuerza y una grandeza perfectamente conformes á la dignidad suprema de que estaba revestido. Se mostró constantemente enemigo del vicio y protector de la virtud; penetrativo y justo; vigilante; severo en la observancia del buen orden; magnifico en todo lo concerniente al esplendor del estado y á la gloria de la Religion; amante de las letras y de todas las artes, y muy aplicado al estudio, en el cual pasaba una parte de la noche, despues de haber empleado el dia en el despacho de los negocios. En fin, ya se le considere en la direccion de su casa, en el gobierno político, ó en las desavenencias que tuvo con varios Príncipes, no podemos menos de confesar que fue uno de aquellos hombres extraordinarios que honran á la humanidad.

Antes de coronarse, envió á llamar al gobernador y á los jueces de Roma para exhortarlos á que administrasen justicia con toda exactitud; pero lo hizo con una energía, que parecia mas bien que exhortacion una amenaza de que los sacrificaría á la venganza de las leyes, si no las cumplian como era debido. Recibió con agrado las enhorabuenas de los caballeros romanos y de los ministros estrangeros, sin hacer gran caso ni dedicar mucho tiempo á estas ceremonias de simple aparato en los primeros dias de su Pontificado, cuyos preciosos momentos debia emplear de otro modo. Sin embargo, hizo una prudente

distincion á favor de los embajadores del Japón, ya que su comision era tan honrosa á la fe romana y debia producir los mas felices efectos para su propagacion.

3. Los trató el Papa en todas partes como á los ministros de los primeros Soberanos; mandó que pasasen á besarle los pies, antes que tres cardenales que pedian audiencia; los abrazó á todos con cordial afecto, y quiso que le asistiesen en la coronacion, llevando el pálio, dándole el agua para lavarse y poniéndole el estribo para la cabalgata (1). Los creó caballeros de la espuela de oro, les dió por su mano la espada y el tahalí, hizo que fuesen nombrados patrios romanos por el pueblo y por el senado, les dijo misa privadamente, les dió la comunión, y los obsequió con un banquete espléndido. Marcharon por último llevando una respuesta sumamente honorífica á sus Soberanos y una infinidad de regalos, sin contar el dinero que mandó darles el generoso Pontífice para los gastos del viage hasta Lisboa. En todas las principales ciudades de Italia por donde pasaron al salir del estado eclesiástico, y especialmente en Ferrara, en Venecia, en Milán y en Génova, se los trató como á competencia, con el mayor honor, afecto y liberalidad, y en todas partes dejaron á los Príncipes y á los pueblos prendados de su modestia, de su gentileza, de la facilidad con que se acomodaban á unas situaciones tan nuevas para ellos, de su ingenio y capacidad, y en especial de su piedad, la que correspondió

(1) *Greg. Let. t. 1. l. 5.*—*Sacchin. part. 5. l. 5. p. 229. et seq.*

perfectamente á la opinion que se habia formado de la alta virtud de los cristianos del Japón. El Rey de España, que quiso obsequiarlos segunda vez en el reino de Aragon, donde hizo con este objeto mucho mas de lo que habia hecho en Madrid, dió orden para que se les aprestase en Lisboa el mejor navío que hubiese en el puerto, les envió regalos magníficos, suplió todos los gastos del viage, añadiendo además una suma considerable de dinero, y escribió al virey de las Indias para que les suministrase con abundancia todo lo que necesitasen hasta desembarcar en el Japón, adonde llegaron despues de innumerables peligros y de ocho años de ausencia.

4. Poco despues de su exaltacion, trabajó eficazmente el nuevo Papa en restablecer las buenas costumbres, y en desterrar los desórdenes introducidos desde muy antiguo por la suavidad mal entendida del gobierno eclesiástico (1). Dió principio publicando un edicto contra los bandidos, asesinos, ladrones y encubridores, y despues distribuyó en sus provincias cinco cardenales, hombres de prudencia y entereza, para que cuidasen de su egecucion. Fue tan bien obedecido, que en lugar de los latrocinios que se egercian impunemente, aun en las ciudades mas principales, se desterró de ellas hasta la sombra de todo esceso en esta parte, y en pocos meses quedó perfectamente restablecida la seguridad pública. Si se toleraban en algunas ciudades las diversiones del carnaval, era poniendo horcas para mostrar á los licenciosos el castigo

(1) *Thou, l. 82.*